

# EDITORIAL



**L**ENTAMENTE han ido cayendo una a una las viejas almenas de la Universidad racionalista. El siglo XIX fué testigo del más triste espectáculo intelectual. La "divinización de la ciencia" ha sido la conquista del siglo de las luces. Siguiendo el simbolismo hegeliano podría con razón decirse que si Persia era la luz, Grecia la gracia, India el sueño y Roma el mando, Europa quiso ser ambiciosamente la inteligencia. He aquí el pecado de orgullo que habría de exigir más tarde una dura expiación con amargos sacrificios de sangre.

Nosotros heredamos algunos ramalazos de aquel endiosamiento cientifista. Nuestra Universidad quiso ser neutra ideológicamente y cerró sus ojos ante el paisaje íntimo de España.

Hoy la Universidad española es un auténtico "poder espiritual". Ella ha de instaurar una cultura que, sin dejar de ser actual, tenga virtudes que la hagan perdurable. La existencia de una realidad social no es entre nosotros un mito ni un falso pretexto para trasnochados ensayismos sociológicos. La sociedad vive y tiene conciencia de sí misma. Las formas en que ésta se presenta en los más elementales complejos de su estructura son la familia, el Municipio y el Sindicato.

Una labor social justa, de profundo sentido cristiano, y un sistema de organización municipal de raíz netamente española pueden lograr en dos dimensiones fecundas una de las

conquistas más vastas que el Estado pueda realizar en la sociedad española.

Pero el Estado necesita robustecer en su dimensión trascendente la célula cristiana del Estado. El espíritu religioso y el sentido nacional de una cultura hispánica serán los dos factores de esta empresa. Es cierto que hubo un instante en que pudo pensarse que el resorte de la cultura bastaba simplemente para salvar a los pueblos. Afirmar esto equivalía a vislumbrar solamente uno de los ángulos del problema. Pero la clave del arco que había de justificar la obra humana de la inteligencia, radica precisamente en su dimensión metafísica. Y este es el resorte que olvidara la Universidad del racionalismo.

Hoy más que nunca es preciso recuperar el sentido unitario de la ciencia y la orientación cristiana de la cultura. Hoy más que nunca España debe cifrar su afán político en que no decaiga el espíritu religioso que haya de informar ante todo y por encima de todo la renovación de sus sistemas docentes. Hoy más que nunca deberemos liberarnos de los tópicos pragmatistas y aspirar a una Universidad ideal y difícil, sin concesiones decadentes a las solicitudes de la utopía. Una Universidad donde no quepa la ambigüedad ideológica, donde sea imposible que cada Cátedra no represente una vanguardia intelectual de criterio fanáticamente español. Donde la indiferencia política haya sido desterrada para siempre y donde el profesorado, como instrumento transmisor de la ciencia, dé a la juventud la ejemplaridad admirable de su entusiasmo y su fe.

Es un momento difícil, éste, del mundo en que vivimos. Si las doctrinas científicas pueden alumbrar la luz de la verdad en el ánimo de las jóvenes generaciones, más fuerza tenga acaso el sentido aleccionador de las virtudes que concurren en quien ejerce la función docente. No basta ser sabio, cuando la sabiduría aparta al hombre del camino de la bondad. Si es cierto que España necesita inteligencias capaces de di-

rigir y de formar el espíritu de su juventud, no radica en este solo empeño el ideal de nuestra Universidad. Importa además que los elementos que constituyen el cuerpo docente se consideren adscritos a la empresa actual de España. Que se sientan responsables de todo el fervor político que España descubrió, para su gloria, el día 18 de Julio de 1936. Que pongan su pensamiento, su voluntad y su corazón al servicio nobilísimo de aquella Causa por la que España supo dar en tres años de lucha la sangre más generosa de sus hijos. Que un supremo criterio de unidad, en fin, los ate indestructiblemente a los destinos de esta hora decisiva española, bajo la iluminada capitanía de nuestro Caudillo.

Si esto no es así, si la Universidad española fuera sólo a vivir a expensas de unos hombres que no sepan latir con el fervor militante que inspiró la obra de nuestra Cruzada, la anhelada transformación de nuestro mundo universitario no podrá consumarse.

Revisemos nosotros de una vez para siempre las armas con las que España quiere forjar el imperio de su cultura, y afirmemos decididamente que no nos gustan aquellas en las que vemos—torpemente disimulados—dos peligrosos filos.